

ZAMORA VICENTE, Alonso (2010): *Recuerdos filológicos y literarios*, (Introducción y selección de artículos Mario Pedrazuela Fuentes), Cáceres: Universidad de Extremadura, pp. 260.

Conocí a Mario Pedrazuela Fuentes hace años en casa de D. Alonso, entonces joven doctorando que trabajaba sobre la obra de Alonso Zamora Vicente bajo la dirección del profesor Pablo Jauralde, persona allegada a Zamora Vicente. Mario se pasaba horas con D. Alonso organizando su archivo personal para poder llevar a cabo su investigación. Después de años de trabajo el doctorando defendió su tesis con éxito, publicada, hoy, como libro por la Universidad de Alicante con el título *Alonso Zamora Vicente: vida y filología* (2010) que reseña el profesor Jesús Sánchez Lobato en esta misma revista. Por su parte, como era de esperar, la Universidad de Extremadura publica el libro que presentamos. En Cáceres está la Biblioteca Alonso Zamora Vicente, ubicada en la ciudad antigua, cuyo encuentro me emocionó. Los libros que años atrás colocamos, Juan Ribera y yo, en las estanterías de la casa del entonces Secretario Perpetuo de la Real Academia Española en la calle Felipe IV de Madrid, se encuentran en esa preciosa casa extremeña, hoy La Fundación *Biblioteca Alonso Zamora Vicente*.

Los recuerdos filológicos y literarios de Alonso Zamora Vicente que reúne Mario Pedrazuela en este volumen, son escritos que se publicaron aquí y allá, organizados con mucho acierto que nos sirven para “hacer un seguimiento de la historia de la Filología y la Literatura españolas del siglo veinte” (p. 9) así como para aproximar al lector a la “biografía de Zamora Vicente” (p. 9). Compartimos con Mario Pedrazuela la nostalgia de “unas memorias” escritas por D. Alonso y, al mismo tiempo, aplaudo muy calurosamente esta iniciativa y la llegada de este volumen, que recupera parte de esas memorias deseadas.

Desde las primeras páginas Mario Pedrazuela hace un recorrido biográfico y nos llega gratamente lo que D. Alonso nos contó tantas veces; cómo vio el nacimiento de la ciudad universitaria de Madrid inaugurada en octubre de 1932: “Sí, era un campo de trigo, acostado suavemente ante los montes del Guadarrama. En poco tiempo surgió la Facultad nueva, con su arquitectura nueva (...), y sus ventanales generosos, y sus pasarelas de barco nuevo y blanco. Dentro, en la casa, había un piso de cada color. Piso rosa, piso verde, piso azul. Y una terraza, y ascensores, y un bar” (p.11) Esa ciudad universitaria que se pone en marcha definitivamente “en mayo de 1936 y a los dos meses o tres todo era escombros [...]” (p.11). Recuerdo el gesto de D. Alonso cuando nos contaba esto, ese gesto de impotencia ante tamaño desastre que fue “la guerra”. Nos recuerda Mario Pedrazuela que “Alonso Zamora, que contaba 20 años cuando estalló la guerra, se alistó en el ejército republicano. Una vez finalizada la contienda, y tras pasar por campos de concentración, primero por Francia y después en Sevilla, regresó a Madrid gracias a la intervención de un familiar. En aquel Madrid de hambre y reconstrucción, también la Universidad se rehizo, pero a partir de unas premisas totalmente distintas a las que inspiraron la universidad de la República. Las aulas se llenaron de uniformes

falangistas...” (p.18). Al igual que la universidad el Centro de Estudios Históricos convertido en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas también sufrió modificaciones, así lo contaba Alonso Zamora Vicente y hoy nos lo relata Mario Pedrazuela: “Menéndez Pidal, Navarro Tomás, Américo Castro, etc. eran sustituidos por González Palencia, Entreambasuagas, Balbín, etc. Únicamente quedaba Dámaso Alonso de aquel pasado” (p.18) y, gracias a él, Alonso Zamora Vicente terminó su carrera de filólogo en esa “nueva universidad” (p.18) nada parecida a la que llegó en los años de la República.

D. Alonso siempre decía que la guerra había hecho mucho daño a España, y él mismo fue víctima de sus desmanes. Así lo señala Mario Pedrazuela: “Aquellos que colaboraron con la República eran relegados a un último plano y sufrieron fuertes depuraciones, además de años en la cárcel o en los campos de concentración (...). También Alonso Zamora Vicente sufrió en sus carnes el desprecio de los vencedores” (p. 19). La labor de los que se quedaron tuvo sus frutos, dice AZV: “Total: en muy poco tiempo se volvió a hablar de una producción que salía de España, producción naturalmente modestísima, pero que enseñaba su anhelo de añudarse con la brillante situación anterior a la guerra” (p. 20).

Mario Pedrazuela continúa relatando la trayectoria de AZV fuera de España; en Buenos Aires sustituyendo a Amado Alonso en el Instituto de Filología; publica en *La Nación* y coincide con muchos de los exiliados españoles: Ayala, Alberti, etc. y su regreso a Salamanca: “Se me hace muy difícil volver ahora a la Salamanca de los años cincuenta y tantos...Una Universidad incómoda, donde la bobería ministerial encontraba un sólido refugio a la hora de inventar planes (...). La ciudad estaba sumida aún en un oscuro letargo, un letargo de siglos y estulticia” (p. 24). En la España de los cincuenta Alonso Zamora no se encuentra, viaja y da conferencias en las universidades europeas; en Colonia vive un año completo y posteriormente se instala en el Colegio de México donde se encarga del Seminario de Filología, para llegar a reencontrarse con Navarro Tomás en los Estados Unidos (p. 25). A partir de los sesenta AZV regresa, de nuevo, a España con la intención de quedarse. De Salamanca se marcha a Madrid y en 1965 pasa a ocupar una vacante en la Academia; en 1966 lee su discurso de investidura sobre Valle-Inclán y el esperpento de *Luces de bohemia*. Mario Pedrazuela señala al respecto: “Valle era un autor maldito, y hablar de él y además hacerlo en una institución como la Real Academia Española podía provocar ciertos recelos en el régimen” (p. 27). Fue nombrado secretario de la Real Academia Española en 1971, trabajo que compagina con sus clases en la Universidad Complutense como catedrático de Filología Románica, cuya labor fundamental fue la de “modernizar la institución (la Real Academia) y adaptarla a los cambios que se estaban produciendo en aquella convulsa España de los años setenta y ochenta” (p. 27). Recuerda Mario los merecidos premios que recibió la obra de AZV, el Nacional de Ensayo y el Nacional de Narrativa; los homenajes y los doctorados honoris causa en Coimbra, Salamanca, Extremadura, Santiago de Compostela y Alicante (p.28).

Los artículos que Mario Pedrazuela recopila nos brindan la posibilidad de acercarnos a las grandes figuras del siglo XX: AZV nos habla de D. Ramón Menéndez Pidal (pp. 31- 45); de Américo Castro (pp. 49-65); de Tomás Navarro Tomás (pp. 70-82); de Amado Alonso (pp. 83-94); de Karl Vossler (pp. 95-97); de Rafael Lapesa (pp. 99-101); de Dámaso Alonso (pp. 103-107); de Alfonso Reyes (pp. 111- 117); de Samuel Gili Gaya (pp. 119-121); de García de Diego (pp. 123-125); de Antonio Tovar (pp. 127-128). Por otro lado Mario Pedrazuela dedica un apartado a los artículos que escribió D. Alonso sobre los diferentes escritores, así nos encontramos con “Un recuerdo de D. Miguel de Unamuno” (pp. 141-143); un artículo sobre Valle- Inclán (pp. 149-153); sobre Juan Ramón Jiménez, uno de sus poetas preferidos (pp. 155-166); a Alberti, a José María de Cossío, a Borges y, por supuesto, a Camilo José Cela les dedicará Alonso Zamora Vicente unas páginas hoy recogidas en este volumen. Alonso Zamora Vicente nos aproxima a algunos lugares: la Ciudad Universitaria de 1935 de la que siempre hablaba (205-211), Mérida y la dialectología (pp. 213-225). Como cierre Mario Pedrazuela agrupa en un apartado titulado “El filólogo, el escritor” (pp. 232-255) lo que Alonso Zamora Vicente piensa sobre su obra. Un volumen que recupera a un Alonso Zamora Vicente desperdigado en diferentes publicaciones y que hoy, gracias al tesón y a la iniciativa de Mario Pedrazuela, podemos acercarnos y conocer. Nuestras felicitaciones más sinceras a la Fundación *Biblioteca “Alonso Zamora Vicente”* por apoyar a Mario Pedrazuela en esta aventura. Nuestro agradecimiento más sincero a Mario por este valioso trabajo, del que, estamos seguros, D. Alonso se sentiría orgulloso.

Carmen MEJÍA RUIZ
Universidad Complutense de Madrid